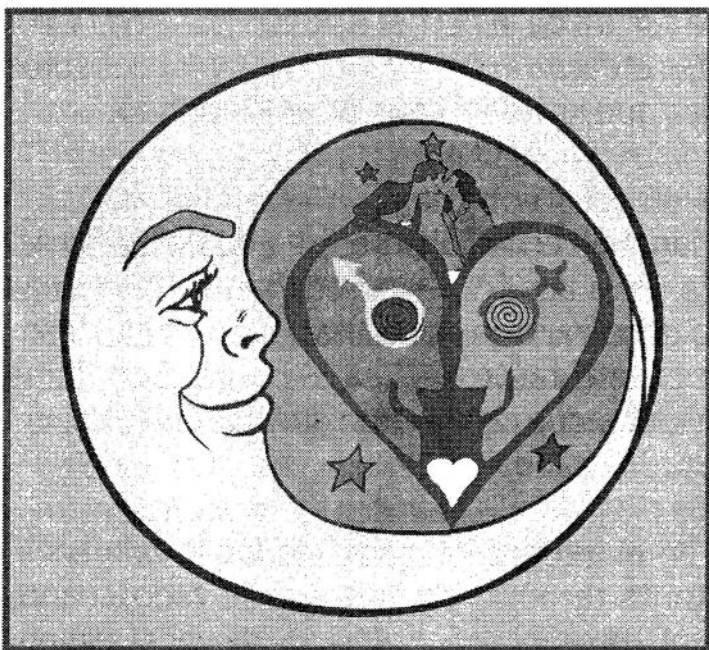


«EL AMOR» Y «LA LOCURA»

NIKANDRO ORTIZ GÓMEZ
Diseñador Gáfico
Editorial Universitaria

Se encontraron el **Amor** y la **Locura**. Inocentes, se miraron con éxtasis, abriéndose en ese instante de eternidades, para ellos, un túnel blanco de un mundo nuevo. Fue un momento, fue una vida.



Una mirada larga e hipnótica primero, luego un entrecerrar de ojos y una abrir de labios, puerta mágica donde brillaron las estrellas de los dientes en el inmenso paisaje de una sonrisa, *luz triunfante, mirada alegre de los labios.*

No se hablaron, las palabras naufragaron en los confines rojos de sus bocas. Hablaron los sentidos con voces silen-

ciosas y sonidos telepáticos. Cuándo dos miradas se encuentran brota el manantial de lo indeterminado que viene de adentro, de lo elemental e intocado, como el tiempo.

La **Locura** en su irracionalidad cuerda y lúcida se abalanzó sobre el desprevenido y cauto **Amor**, que abismado y confuso no supo que hacer o decir, sino seguir mirando y sonriendo.

Eso bastó para que de ahí en adelante sus vidas, sus sentidos, sus sentimientos, sus ilusiones, sus esperanzas, su todo, fueran uno: ellos por encima de los demás, ellos con su ternura y su demencia.

- Te amo **Locura** con todo mi amor.
- Calla **Amor**, tu no puedes amar porque el amor es la más grande locura, por tanto la que te ama soy yo.

Fue el único diálogo. Después imperó el idioma del silencio y la dialéctica de los gestos. Callaron sus bocas para abrir sus corazones y sus perturbaciones.

Se apartaron del mundo, de la sociedad, de la familia. Vivieron enajenados en su ternura. Fueron amante locos en el amor y insensatos amorosos en la locura. Vagaron por las calles con las alas desplegadas de libertad, sin ataduras, ni bendiciones, sin papeles firmados, sin testigos. Solos, completamente solos en medio de todos.

Se cobijaron de luna en la sombra oscura de la noche. Se fundieron en el calor amarillo del sol en las mañanas. Se abrazaron desnudos en los cristales rotos de la lluvia. Saborearon las mieles que la vida a cada paso les brindó.

Asaltaban los jardines y se embriagaban en el color perfumado de las flores. Se quemaban en la llama blanca de la ilusión. Se enredaban en las ramas verdes de sus sueños, queriendo descifrar una esperanza. Se cantaban canciones de serenata, dejando en cada canción el alma. Se regalaban flores envueltas en poemas. Se amaron tanto, que cada acción que hacían no sabían si era un acto de amor o de locura.

Después de un corto intervalo en el inmenso espacio de las irrealidades, después de tanto delirio y de tanta ternura, de saciarse de todo cuanto encontraron en su camino de cristal, de sangrarse el alma, de elevar el espíritu

en los aromas sutiles de la enajenación, partieron por la ruta que el destino les tenía reservado.

Avanzaban por la vía zigzagueante, lentamente, como queriendo detener el tiempo o aprisionar los instantes vividos en la eterna caricia de los besos. Sus manos estaban entrelazadas en un esfuerzo por no separarse, selladas en una sola para transmitirse sus últimas sensaciones.

A medida que pasaban los minutos, aumentaba la velocidad del vehículo en concordancia con los pensamientos del pasado y los recuerdos que, son potros briosos atropellando los silencios de los tiempos y que aceleran las vibraciones de las almas.

Las lágrimas danzaban en sus ojos y se precipitaban en surcos cristalinos por las ondulaciones de sus rostros. No hablaban. Hablaban sus miradas, que perdidas se encontraron de repente y se dijeron todo sin decirse nada. Fue un instante o fue o una eternidad, nunca lo supieron. Volvieron a sonreír, pero esta vez las estrellas de los dientes no tenían brillo, eran gotas de rocío desmayadas en sus bocas.

Sus ojos apretaron el último destello de luz y los cerraron. Una oscuridad total los cubrió y se perdieron en la blanca perpetuidad de la ausencia.

Se elevaron sobre el abismo del fin del mundo y el aire fresco de la hondonada los devoró en su vientre negro, mientras se alzaba un vaho caliente con olor a tierra mojada envuelta en aromas de naranjos florecidos.

Un destello iluminó la noche y un ruido multiplicado en ecos fueron los últimos compañeros de los dos locos-amantes que se amaron con locura y que por amor y locura murieron.

Nunca se encontraron rastros o vestigios de ellos, desaparecieron cubiertos por el velo del misterio. Solo que abajo, donde cruza el río, comenzó a crecer un fuerte y frondoso árbol abrazado por una cimbreante enredadera de fulgentes colores que aferrada al tronco del árbol bebía apasionada de sus ansias, mientras este amorosamente la cobijaba con el abrigo frondoso de sus ramas.